

Buenas Tardes.

Quisiera dirigiros unas palabras, con una doble motivación. En primer lugar, mostraros mi agradecimiento por vuestras constantes muestras de apoyo durante todos estos meses, y en segundo lugar, y un poco a petición de los organizadores, por si fuera posible, desmitificar algo este tipo de dolencias y dotar a mis palabras de cierta ironía optimista con las que poder arrancar una sonrisa.

Sirva mi testimonio, por tanto, para que los que han luchado o seguimos luchando contra según qué tipo de enfermedades, no desfallezcamos mientras tengamos ilusiones o proyectos que ver materializados, esposas y amigos con quienes disfrutar, hijos a quienes aconsejar, nietos a los que ver crecer, o reuniones de antiguos alumnos a las que asistir. ¿Os parecen buenos motivos para no tirar la toalla?

Y es que como muchos ya sabréis, hace aproximadamente un año, y tras sufrir una vulgar lipotimia, fui empujado a visitar un hospital de la zona. Una vez allí, y tras todo un día de análisis y comprobaciones, se me diagnosticó neumonía.

Ante la apariencia de gravedad de esa dolencia, fui derivado con carácter urgente al Macarena, donde tras unas primeras impresiones, y sin atreverse aún a ponerle nombre a dicha dolencia, sí me dejaron claro, que el tema podía acarrear graves consecuencias.

Por fin, tras dos meses de pruebas médicas, algunas dolorosas, todas molestas, los médicos decidieron bautizar mi enfermedad y créanme, el nombre no me gustó. La llamaron adenocarcinoma. No hacía falta saber los apellidos ni entender de medicina para darse cuenta de que el nombrecito tenía guasa. Solo pronunciarlo acojonaba, pero a ver, es lo que había.

Solo me planteaba dos opciones. Primera, la ya mencionada, abro comillas, tirar la toalla, o segunda, más difícil pero también más acorde con los principios inculcados en nuestros años de colegio, sin comillas, fe en Dios, confianza en la medicina y fuerza de voluntad en nosotros mismos. Ni que decir tiene que opté por la segunda.

Dicho esto, quisiera agradecer el apoyo mostrado en todo instante, por mi mujer y mi hija, los dos pilares en los que se asienta mi vida desde hace más de treinta años. Sin su amor, todo hubiese sido distinto. Gracias, cómo no, a mi familia y a mi familia política, representada aquí por mis cuñados, Pepín, Fernando y Javier. Agradecimiento muy especial, a quienes me honran con su amistad, Alfonso Acuña y su mujer. La fuerza, el optimismo, los ánimos de Alfonso, el cariño, la compañía de Irene, hicieron que ese pequeño

calvario por el que a veces hay que pasar, no se convirtiese desde luego en una vía dolorosa, sino más bien en una vía de optimismo.

Dicen, que cuando alguien quiere recordar situaciones pretéritas, solo se piensa en los buenos momentos, y es humano, pero yo no tengo más remedio que recordar, y aún me tiemblan las piernas, lo que yo calificué como "el día de la anestesia".

Lo recuerdo más o menos de esta manera:

Unos días antes de mi operación, el cirujano me citó en su consulta, con objeto de explicarme los pormenores de la misma.

A fin de operar con más tranquilidad, conviene que te hagamos antes una última prueba – me informó-.

Usted dirá, doctor.

Consiste en introducirte por la boca una pequeña cámara....- comencé a ponerme blanco, y era lógico, semanas atrás yo había sufrido una prueba similar y me resultó especialmente fastidiosa -, ...la cámara va unida a un cablecito, que también te entra por la boca, -continuó el médico-, el sudor ya me resbalaba por la frente, y así, cuando te llegue al final de... –continuaba hablando como si estuviese solo-, hasta que sobreponiéndome, di un golpe sobre la mesa diciendo:

-Supongo que será con anestesia, ¿no doctor?-

-Sí, sí, ...claro, claro, ...je, je, ...con anestesia, claro...-, me contestó dubitativo.

Yo no sabía si me había dicho que sí porque realmente era lo normal o porque me vio a punto de un colapso y no tuvo más remedio que conformarme.

El caso es que salí de allí disgustado, las palabras del médico con respecto a la anestesia no me inspiraban demasiada confianza, por tanto, pasé los días previos a la prueba, nervioso y sin poder dormir. En mi cabeza solo se repetían dos preguntas, ¿Y si es mentira? ¿Y si lo ha dicho para conformarme y una vez allí me dan la del tigre?

A la hora y día prefijado para la prueba, un fornido celador me trasladó en camilla, pasillos a derecha e izquierda, ascensores arriba y abajo, hasta atravesar las dos hojas batientes de la puerta de entrada al quirófano. Una vez allí, me depositó, como si se tratara de un fardo vestido con un pijama celeste, sobre la mesa de operaciones. Se despidió de mí con un "de ahí no se mueva usted".

-Mal empezamos- dije para mí.

En la posición en que me encontraba, solo podía ver las luces del techo, y, mirando de reojo, cuatro uniformes verdes pertenecientes a otras tantas enfermeras. Enfermeras que, de espaldas al fardo con pijama celeste, pasaban olímpicamente de mí. También lo entendía.

En esos momentos debatían cuestiones vitales para la marcha de la sociedad.

Una de ellas, llamémosle, "enfermera A", se quejaba a su compañera, "enfermera B", porque a su Manolito, un mozalbete de trece años, le habían quedado ese curso, ocho asignaturas, a lo que la enfermera "B", buena amiga, y sin duda, experta en educación, acertaba con el motivo de la debacle: "eso es que el maestro es mu malo, porque tu Manolito otra cosa no, pero estudiar, estudiar, estudia tela..." "Y además es mu listo", contestaba la madre de la criatura, asintiendo con la cabeza, en un intento de justificar al niño.

Otra enfermera, llamada Jenny, mostraba, alterada, su incomprensión hacia Antonio, un apuesto ATS de la primera planta, quien por lo visto, unos días estaba con ella muy amable y solícito y otros días la ignoraba completamente.... Se oyó el atinado consejo de la enfermera, llamémosle "D", máster sin duda en relaciones humanas: "Po Jenny, yo a ese, mañana lo cogía por derecho y le decía: Oye, tú, Antonio..."

No pudo terminar la frase, ya que en ese momento, se abrieron las hojas batientes de la puerta del quirófano, como si se abrieran las puertas de un saloon de las películas del oeste, pero sin la música de Ennio Morricone, y bajo el dintel de la puerta, se dibujó la silueta del marshal, del médico, bajito y nervioso.

¿Pero esto qué es? ¿Todavía estamos así? No vamos a terminar nunca..., aullaba el médico.

Ojú, -pensé yo-, y encima este está mosqueado. Vaya plan.

Cualquiera le dice algo de la anestesia.

Al oír la bronca, las cuatro enfermeras se abalanzaron sobre el fardo, por momentos, me sentí, agredido, vapuleado, toqueteado, sobado, acariciado, por cuatro pares de manos femeninas... no, no, Manolo Díaz, no es lo que imaginas... a lo mejor, veinte años atrás y en otras circunstancias tal vez, pero ahora no... La enfermera "A" me desabrochaba los botones de la blusa mientras que la experta en educación me colocaba ventosas en el pecho.

Sí, sí, -pensaba yo-, mucha parafernalia, mucha historia, pero de la anestesia ná de ná.

La enfermera "D", mientras tanto, me agarró con fuerza el brazo derecho, mirando con atención e intentando buscar una vena. Se aproximó el brazo a sus ojos hasta que por fin, descubrió una, gorda y azulada, que se transparentaba bajo la blanca piel de mi antebrazo. Sonrió. Por un instante me pareció que los ojos se le ensangrentaban y de que las comisuras de los labios se llenaban de saliva, al mismo tiempo que los colmillos se alargaban y sobresalían de entre sus labios. Parecía estar a punto de abalanzarse sobre mi brazo, clavarle los colmillos y chuparme la sangre ¿Se trataría tal vez, de la llamada

enfermera vampira, de quien se hablaba tanto en los hospitales sevillanos, o se trataba aquello de una leyenda urbana? Pero no. Lo que hizo fue que en la vena me clavó una aguja que iba unida a unos cablecitos que pendían a su vez de unos botes de plástico; dichos botes emanaban un líquido, que gota a gota, a través del cable y de la aguja, se me introducía en la vena. Supongo que será la anestesia –pensé yo-.

La enfermera Jenny, a todo esto, se había situado estratégicamente por detrás de mi cabecera, sujetando con fuerza mi cabeza y mi cara entre sus manos, mientras me susurraba: relájate, relájate, piensa en algo agradable, piensa en algo agradable...

A estas alturas de la película, yo seguía no solo cada vez más despierto, sino que ya mi grado de agitación era tal, que los pequeños temblores que tenía se iban a transformar de un momento a otro, en convulsiones si no me anestesiaban pronto.

En ese momento, el médico ordenó apagar la luz. Ya está, me dije, ahora es cuando la enfermera vampira me la va a chupar, menos mal que el médico encendió unos monitores donde se podía ver mi barriga por dentro y se hizo algo de luz.

Jenny seguía con su salmodia, relájate..., relájate..., el médico entonces se volvió en su silla giratoria y arrastrando los pies, desplazaba la silla para poder aproximarse a mí. Ya sí, los temblores eran verdaderos espasmos cuando me fijé en el médico. En la frente tenía una gran y potente luz, que hacía que más que un médico de la Seguridad Social, pareciese un minero galés y en la mano llevaba una especie de camarita, sujeta a un cable más bien gordito, y otra linterna para ver bien en mi interior. Yo lo miraba fijamente, sin atreverme a pestañear, ya tenía el artilugio casi debajo del bigote, me puse hasta bizco de mirarlo tan cerca, mientras la cansina Jenny proseguía con su relájate, relájate, yo ya no podía más, así que me dispuse a chillarle, “pero coño, Jenny, ¿cómo quieres que me relaje? ¿es que no te das cuenta de que este tío me la quiere meter, y además sin anestesia?.

Pero cuando abrí la boca para protestar, Jenny, hábilmente, me introdujo un donuts de goma para que yo lo mordiera y me callara, anulando así cualquier forma de libertad de expresión que quisiera ejercer..., pero ella continuaba a lo suyo, piensa en algo agradable, piensa en algo agradable..., intenté hacerle caso pero no me venía nada agradable a la mente, más bien al contrario..., el coche me estaba dando problemas y el mecánico me pedía 900 euros por arreglármelo, pero eso no era agradable, un cliente me había devuelto un pagaré y yo lo iba a llevar al juzgado, pero eso tampoco era bonito, ya estaba desesperado, pero algo me hizo sonreír: me vi trasladado a un mediodía de finales de Agosto, yo estaba en Rota, en el Bar La Caleta, a pié de playa, con mi gorra marinera, mis gafas de sol y mi pantalón corto, mientras tenía delante un par de tanques de cerveza fresquita y media ración de chocos.

Con ese pensamiento, por fin, me hizo efecto la puñetera anestesia y me dormí a pierna suelta.

El problema se me planteó al despertar, cuando yo, ingenuamente, le confesé a mi mujer que mi último pensamiento no fue para ella sino para el Bar La Caleta.

Su reacción no se hizo esperar: se levantó hecha una fiera y agarró el bolso, para, según me dijo después, dirigirse a coger un taxi, desplazarse a Viapol, Juzgado de Familia, y allí, de forma urgente, solicitar nuestra separación o incluso la nulidad de nuestro matrimonio. Afortunadamente, salieron a relucir los buenos oficios de mi cuñado Pepín, quien cogiéndola del brazo, dijo a su hermana, ¿Qué le vamos a hacer, si tu marido es así? Ante tan sólido argumento, mi mujer se resignó a pasar el resto de su vida junto al fardo con pijama celeste.

Por fin llegó el día, por fin el temido y al mismo tiempo deseado día había llegado. A las 8 de la mañana del día 8 de Julio de 2.013, yo debería haber estado sentado tranquilamente en un sillón, frente a un televisor, viendo cómo seis torrestrellas, un sombrero y varios cabestros, resbalaban coceando en la curva de Estafeta, arrastrando con ellos a numerosos y valientes mozos pamplonicas, pero no, a las 8 de la mañana del día 8 de Julio de 2.013, yo estaba mirando, desde mi cama, el techo de la habitación 223, Hospital Virgen Macarena.

De pronto, una pizpireta enfermera, entró, jeringuilla en mano, preguntando por mí.

Me identifiqué.

-Vengo a pincharle, José Luis, en el culete-.

-¿Y eso para qué sirve?- le pregunté.

-Para que llegues más relajaíto a la operación-, dijo la enfermera.

Efectivamente, instantes después de sentir en mi nalga derecha el agujonazo, un cálido y agradable sopor comenzó a invadir mis miembros, poco a poco me fui relajando, dejando que el sueño se fuese apoderando de mi cerebro.

Yo creía, acostumbrado a las películas americanas, que en los momentos previos a una delicada intervención quirúrgica, uno cogería entre sus manos las manos de su mujer, y con carita tierna la miraría a los ojos, diciéndole cosas del estilo "cariño, he sido muy feliz contigo todos estos años", o bien, "dile a nuestros hijos que los quiero mucho y que estoy muy orgullosos de ellos", o tal vez, "tengo una carta escrita para ti, para que la leas cuando yo me haya ido..." y cosas por el estilo.

Pues bien.

Todo eso es mentira.

En ese momento, a punto de dormirme, lo único que atiné a decirle a mi mujer, mientras babeaba, fue "niña, me estoy quedando frito".

Durante el tiempo que duró la intervención, soñé, y la verdad es que fue un sueño agradable. En dicho sueño, me encontraba junto a dos personas, ya mayores, vestían saya negra, eran altos, con poco pelo, barbita blanca, cara de buena gente. No hacía falta que se presentaran, yo sabía que se trataba de San José de Calasanz y de San Pompilio. Los recordaba de cuando veíamos las láminas del libro de religión y de los cuadros e imágenes de la Iglesia, así que los identifiqué sin dificultad. Yo me reía solo; en aquella época eran mucho más viejos que nosotros y sin embargo, ahora.....

¿Qué os trae por aquí, santos padres? –les pregunté.-

-Nos hemos enterado de lo tuyo y venimos a estar un rato contigo, además te traemos recado de Juan Calasancio.

¿Un recado? –pregunté con extrañeza.-

Sí. Juan Calasancio se muestra muy contento de cómo ha ido todo, y además nos ruega te trasmitamos el afecto y los ánimos de todos tus compañeros de Escolapios, ya que han sido innumerables las llamadas y mensajes que ha recibido.

Ha sido unánime, nos dijo Juan, ya que las llamadas de cariño provenían de los compañeros de ciencias y de los de letras, de los que estuvieron en el grupo A, en el B y en el C, de los béticos y de los sevillistas, de los que jugaban al fútbol en el patio de arena, los que practicaban otros deportes menores, como el balonmano o el voleil o incluso de aquellos que se pasaban la hora de gimnasia como Javier Bardem en Los Lunes al Sol, de los que tenían su nombre puesto en letras doradas en la puerta del colegio y de los que vieron la tarjeta roja en mitad del bachillerato, de los que sufrieron las caricias de D. Luis Portillo y de los que padecieron los tirones de patillas de D. Ramón Ortega..., en ese momento me desperté del letargo y me sentí feliz. Luego pensé si todo había sido un sueño o de verdad había recibido la visita de los santos. Para mí, que más bien fue lo segundo. Por eso quiero confesaros públicamente, que no solamente estoy cada vez más orgulloso da haber pertenecido a la institución escolapia, sino además, de algo que jamás tendrá precio: tener unos compañeros como vosotros.

OS QUIERO.

Muchas Gracias

Sevilla, 8 de Febrero de 2014